

Crítica del estreno:

EL CLUB DE JAZZ

GERMÁN DÍAZ

Método Cardiófónico

Ficha del concierto

Fecha: 27 Noviembre 2010

Lugar: Casa de Cultura de Gamonal (Burgos) - I Festival de Intérpretes e Instrumentos Insólitos.

Germán Díaz (zanfona, caja de música, órgano de barbaria, sierra musical...)

Insólito: Raro, extraño, desacostumbrado según la Real Academia Española de la Lengua. Es raro que hoy en día alguna propuesta musical con soporte público muestre músicas que se salgan de lo ya masticado por las bocas que conforman la masa social. Es extraño que algún ayuntamiento apueste por ello y es probable que el Ayuntamiento de Burgos haya promovido este Festival de Intérpretes e Instrumentos Insólitos, con la dirección artística del violinista Diego Galaz, por una cuestión coyuntural: la ciudad aspira a la Capitalidad Europea de la Cultura en 2016 y hay que llenar de contenidos la memoria. Esperemos que la apuesta no llegue sólo hasta donde lo haga la candidatura. Desacostumbrados los paladares más exigentes a actividades que les inciten a viajar por tierras ibéricas (raras excepciones) no podía dejar un escapar la oportunidad de asistir al estreno de la nueva maravillosa genialidad del insólito Germán Díaz.

Hay un gesto muy común para expresar que algo te ha llegado al corazón que consiste en llevarse la mano al pecho y golpear repetidamente allí donde sentimos que se haya oculto nuestro órgano vital. Gesto común que, sin embargo, constituye la expresión de algo que muy pocas personas, acciones o actividades despiertan en nosotros: la emoción. Germán tiene no sólo la habilidad de despertar emociones dormidas sino que además a veces llega a paralizarnos el pulso con la delicadeza emocional que expresa mediante sus instrumentos de manivela. Claro que para llevar a cabo su Método Cardiófónico necesita que éste no se detenga ya que la música ha encontrado un aliado insólito en los latidos de corazón grabados en vinilo por el doctor Iriarte, allá por los años cuarenta, con los que documentó diversas lesiones valvulares y que Germán utiliza ahora como bajo rítmico. Así la mayor parte de esta nueva propuesta del zanfonista parte del sonido (manipulado rítmicamente) de los latidos sobre los que va interpretando ya sea la caja de música (con la Nana 0013 comenzó su actuación) o la zanfona (caso, por ejemplo, del acongojante L'enfant perdu). Además el chisporroteo del vinilo le da a la música un punto de extrañeza y antigüedad que envuelve el ya de por sí evocador sonido de sus instrumentos.

La rareza en música no es a veces más que un artificio con el que llamar la atención en un mundo cada vez más dado a la pirueta del absurdo intrascendente. Se podría pensar que la utilización de sonidos cardiacos no es más que una anécdota que así como se nombra se olvida. Nada hay de ello en la música de Germán. Simplemente con escuchar cómo late el corazón en el tango Letre pour Beatrice uno es plenamente consciente de que hay un sentido musical brutal en lo que hace Díaz que demuestra que, al igual que otros son capaces de escuchar música en los sonidos de una puerta (Ramón López y su Swinging with doors), él es capaz de detectar una piedra por pulir en un disco de registro médico. Es la honestidad la que

valida propuestas que pueden resultar excéntricas nominalmente y cuando uno se sumerge en el mundo (híper)creativo de Germán Díaz lo hace en la magia, porque mágicos suenan los instrumentos que maneja. Pero la magia no puede durar durante una larga sesión como la que ofreció en Burgos si detrás de ella no hay la genial capacidad de creación e improvisación de Díaz (y trabajo, ¡mucho trabajo!). Toca la zanfona como si de un guitarrista eléctrico se tratara, desliza sus dedos por el teclado con una ligereza asombrosa (por ejemplo en el enrevesado Africa del guitarrista Antonio Bravo), pellizca las cuerdas como lo haría un pianista experimental y, además, utiliza la tecnología como un medio que le permite crear capas atmosféricas o rítmicas sobre las que ir dibujando melodías, ya que él es su propia orquesta. Nunca unos loops (grabados sobre la marcha) tuvieron tanto sentido musical como el que le da el zanfonista quien, además, con un bis titulado Nimboestrato (certera explicación musical de la apatía que despierta en servidor este tipo de nubes por la insulsa e invariable luminosidad que generan) sorprendió con un solo de sierra musical (sonido de película de marcianos de 'Serie B') sobre caja de música. Antes, eso sí, cerró concierto con una sobrecogedora versión de la banda sonora de La eternidad y un día (música, ya de por sí emocionante, de Eleni Karaindrou para la película de Theo Angelopoulos) de la que rescató su esencia atmosférica y melódica (la zanfona fue básicamente un pequeño laúd que trató mediante pizzicatos que jugaron con el contrapunto de la caja de música) para construir una nueva variación que sumar a las del original. Sin tiempo para digerir tanta belleza distendió el ambiente con una circense versión de La Topolino Amaranto de Paolo Conte para órgano de barbaria y zanfona (¡toma solo heavy!).

Nunca, en todas las ocasiones en que he escuchado en concierto a Germán Díaz, he quedado indiferente. Y eso, en este momento de dictadura de la indiferencia (Josep Ramoneda dixit), es ¡insólito! Derribar la indiferencia provocando desde el ingenio creativo es hoy un ejercicio de radicalismo tan necesario (y tan raro) que conviene no perder de vista la luz de un tipo tan radicalmente necesario para la música como Germán Díaz.

El Club de Jazz. Carlos Pérez Cruz

INTERFOLK.

GERMAN DIAZ

A golpe de sístole

20 de Abril de 2012

La Industria. Madrid

(F.M.) Cada concierto de Germán Díaz es una demostración de imaginación que parece no conocer límites. Se supera en creatividad en cada proyecto que acomete. Ya sabíamos de su interés por los instrumentos mecánicos desde que grabara en 2007 Π , o sea, Pi, de exquisita sensibilidad, pero ahora le ha dado un vuelta más de manivela con su último disco, El método cardiofónico, donde ahonda en sus posibilidades y extrae fascinantes y extraños sonidos inimaginables.

Contemos con más detalle en qué consiste esta, a priori, extravagancia: El método cardiofónico es un legado paterno en forma de disco vinilo, que grabó el doctor Iriarte en los años treinta con los latidos del corazón y que servía de estudio a sus alumnos para tratar cardiopatías. Germán, con el soporte de un fonógrafo, lo utiliza como base rítmica a los instrumentos mecánicos con los que se acompaña: la caja de música y el órgano de Barbaria, que contienen cartones perforados con melodías creadas por él mismo. Todo ello con la zanfona y la grabación de loops lanzados en directo.

El resultado es intrigante, embriagador en ocasiones y en otras, de sonido frágil como lágrimas de cristal a punto de romperse cuando emplea la caja de música. Un universo sonoro en continua expansión. Y estéticamente, de una extraña plasticidad que compagina la anacrónica belleza de semejantes artilugios con toda una suerte de cables, pedales y cachivaches electrónicos. Arcaico y ultramoderno a la vez, la rigidez y la frialdad de un cartón con la frescura de la improvisación. Germán tiene recursos que parecen extraídos de una chistera.

El vallisoletano emigrado a Galicia en busca de nubes nuevas, interpreta temas propios y de compañeros de profesión como el guitarrista Antonio Bravo o de su maestro (maestro de todos los zanfonistas contemporáneos) Valentín Clastrier, y de otros grandes como Paolo Conte. Pero también aflora su versión más popular y tanguera.

Hay más sorpresas: recrea las sensaciones que le produce un nimbo estrato con arco frotado sobre la zanfona. Y no es casualidad que así sea, también hay temas dedicados a los cirros y a los cúmulos, porque Germán se reconoce un observador de esos fenómenos atmosféricos.

Y quizá sea por eso por lo que su música contiene un vendaval de sensaciones, un huracán de sensibilidad y delicadeza.

TIERRAFOLK

Por Ana Blázquez y Carlos Monje

El método cardiofónico de un observador de nubes
20 de abril de 2012. La Industria (espacio de arte y ensayo), Madrid

Un grupo de personas en una pequeña sala en penumbra se sienta en semicírculo en torno a un tipo con aspecto de científico del XIX. El hombre maneja con pasmosa habilidad instrumentos mecánicos que parecen sacados del más fantástico sueño, unidos por cables a dispositivos electrónicos. No intenten entenderlo ni ponerle nombre, sólo puede tratarse de una nueva puesta en escena del genial músico Germán Díaz.

Apenas 50 personas tuvieron el privilegio de asistir a esta velada insólita para ser hipnotizados por la magia de un espectáculo basado en el "Método cardiofónico", las grabaciones de los latidos de corazones con cardiopatías realizadas por un médico en 1933. Estas grabaciones sirven a Germán Díaz de base para construir su sorprendente universo musical.

Verle en acción es todo un espectáculo. Con su ya habitual uso de loops grabados en directo y la ayuda de la zanfona, un órgano de barbaría, una caja de música y un tocadiscos, Díaz nos lleva por la música de vanguardia, la improvisación del jazz y el romanticismo minimalista para construir un sonido fascinante.

Al hechizo de composiciones propias, como Nana 013, Cirro o Lettre pour Béatrice, se unen temas como Comme dans un train pour une étoile, del zanfona Valentin Clastrier o La eternidad y un día, composición de Eleni Karaindrou para la película homónima de Theo Angelopoulos. Y hasta un tema de Paolo Conte, La topolino amaranto, que al pasar por sus manos se contagia del estilo genial del intérprete. Para terminar, Un bosque, de su disco Π (o sea, Pi). Música para manivelas, que por mucho que la escuchamos no deja de ser una de las piezas más bellas que hemos oído jamás.

Germán Díaz transita por caminos únicos desarrollando su personalísimo universo musical. Un talento estratosférico, una sensibilidad extrema y una gran elegancia se concentran en un hombre que en el escenario habla de sí mismo en plural, como si le diera pudor presentarse en solitario.

El músico se declara sobre todo un observador de nubes, pero tiene los pies bien puestos en el suelo. Lo demostraba leyendo un fragmento de la carta que dejó Dimitris Christoulas, el jubilado que se suicidó en la plaza Syntagma de Atenas antes de caer en la indigencia como consecuencia de la situación de su país. Y es que la sensibilidad no solo se manifiesta a través de la expresión artística.

Si tienen la oportunidad de ver a Germán Díaz en directo, no se lo pierdan. Y si no, no dejen de ver alguno de los vídeos de sus actuaciones que circulan por la Red. Aunque decididamente no es lo mismo, porque lo de Germán Díaz es para vivirlo.

Germán Díaz: caja de música, órgano de barbaría, zanfona y live looping

LA VERDAD.

Cartagena, en el corazón

El 'Método cardiofónico', de Germán Díaz, destacó entre las numerosas actividades musicales
21.05.12 - 00:57 - JAM ALBARRACÍN | CARTAGENA.

Como no podía ser de otro modo, la música adquirió papel relevante en una populosa Noche de los Museos que vistió a Cartagena con los mil colores del arte y la cultura. Música sinfónica, música experimental, música popular. Músicas en calles y plazas, en galerías y museos, en garitos y castillos. Música para bendecir armónicamente una noche tocada por la magia. De entre las diversas propuestas acústicas brilló de modo singular el 'Método cardiofónico', de Germán Díaz, en el Castillo de la Concepción.

En la alcazaba medieval la zanfona, un instrumento medieval de cuerda, teclado y manubrio, llevó timón de una travesía sonora tan sugerente y aventurada como extraordinaria. El timón que no el ritmo, marcado directamente por el corazón. No es una licencia poética: su padre médico le regaló a Germán una cartera con discos de pizarra en los que el profesor Iriarte había registrado los anómalos latidos de diversas cardiopatías. Sobre ellos, Díaz construye armonías con instrumentos mecánicos de manivela -una escueta caja de música, un esquivo por el viento órgano de barbaria- con los que construye 'loops' -no en todos los temas-y sobre los que a su vez la zanfona impone sus evocadores lamentos de épocas remotas.

Ahí suenan, ajenas al prosaico mundo actual, 'Como un tren hacia una estrella', basada en una de las cartas a Theo de Van Gogh, el aire sefardí 'Nubes lloran por lluvia', un nervioso tango de corazón (muy) roto, una feliz adaptación de 'La topolino amaranto' de Paolo Conte, y hasta una cardiocanción dedicada a los nimboestratos, coreografiada por una banda de gaviotas espontáneas. Brillante, original, 'freak', adorable.